

**INFIERNO
Y GLORIA DEL
TUNDIDOR
DOMINGO
FERNANDEZ**

por ANGEL M. DE PABLOS AGUADO

— No pongas bozal al buey que trilla...

Aquella era una noche de cielos amaraños y de diablos desatada. Las marciadas huracanadas rompían la defensa de los montes Aquilanos y, al soplar de roble en roble, de castaño en retama, transformándose en cascada acariciando arroyos o en pizarral susurrando tejados, quebraba también el nombre del valle, que no era ya el de Silencio.

— ... ni te ensalces a ti mismo, no sea que caigas y te veas cubierto de vergüenza...

La nieve, que congelaba paisajes y encendía virtudes, iba alimentando el caudal futuro del Oza,

más allá de las quebradas, al otro lado del Friguera. Más que la nieve, las sabias advertencias del piadoso abad Esteban habían enfriado mi corazón. A manera de defensa, balbuceé cuantos versículos se me agolpaban, desordenadamente, en la memoria.

— Cuanto más grandes seas, más te has de humillar y hallarás gracia delante del Señor...

El discípulo de Genadio, monje, eremita y santo, aceptó el duelo de máximas y consejos.

— Lo que te venga grande para ti, no busques...

Y yo insistía.

— El que es malo para sí, ¿para quién será bueno?...

Y él.

— El que con privaciones amontona, para otros ahorra...

Y yo.

— No seas como león en tu casa y luego blando con tus servidores...

Y él.

— No sea tu mano abierta para recibir y cerrada para dar...

Estaba vacío. Completamente. Con mi predicanzaina, le entregué al abad la última de las luces que habían iluminado mi camino interior. Y me derrumbé. Hasta entonces, a palpas, como el ciego capaz de ver a través de sus manos, fui moviéndome con el sólo apoyo de la fe. Sostenido por las interpretaciones que, en torno a los pasajes de mi vida, me inspiraba esa misma fe. Con tales muletas, salí un buen día de Medina, la villa que había sido solar de mis padres y cuna de mi niñez. Con ellas, crucé las tibias aguas del río Duero por la vega que conduce a Toro, entre viñas de uva negra y lagares

de espuma roja. Atravesé tierras del pan y del vino y la Sierra de la Culebra por la Peña Mira, dejando en cada recodo jirones del alma y la ropa esmeladrada entre las zarzas del monte. Me detuve en Vizcodillo porque pareció que ninguna aldea podría encontrarse más alejada de la mano de Dios, ni más perdida de los hombres, ni más olvidada de los vivos.

— Para mendigo no tienes talante de pedigüeño, ni espíritu torvo para adecán...

En el horno de maíz, a cambio de preparar la masa y sacarla de cocer, descansaba por las noches de predicar por los días.

— Tú ¿quién eres, Domingo?.

— Soy un siervo que acude a la llamada del Señor...

En la memoria, como un molinillo de imágenes, me veía junto a mi padre, el tundidor Fernández de Bobadilla, aprendiendo el oficio de los paños que no es sino oficio de crisálidas. Convirtiendo la esencia de las flores en hebras de luz y las hebras en hilo y el hilo, a modo de gusano de seda, en un arco iris de telas y tejidos, de vestidos y capas, de túnicas y sayales. Tanto me apliqué y tan rápido aprendí que pronto mi padre, el tundidor, consideró que ya estaba presto para dirigir la industria familiar.

— Pero, antes, debes fundar tu propia familia y engendrar tus hijos, mis nietos, que aseguren el futuro de nuestro negocio y alegren mi vejez.

Así habló y así se hizo. Porque de hijos biennacidos es la virtud de la obediencia. Caséme poco después con Beatriz, mujer honesta, educada en el cariño al esposo y en su complacencia, virgen de una belleza

singular paralela a los azules del cielo castellano y a los suaves contornos del Zapardiel. Me dio un hijo, Hernando, que colmó todas las aspiraciones de abuelos y padres. Un hijo, Hernando, que marcaba la cresta más alta de felicidad a la que un hombre puede aspirar para dar gracias a Dios en todo momento y lugar.

— En verdad que no lo comprendo, aseguraba el molinero de lo que no admitía comprensión, sino leyendo en la escritura recta, por renglones torcidos, de la providencia.

Cuatro años después de la boda, apenas con tres recién cumplidos el primogénito, el cólera asoló los campos de Medina arrastrando entre sus pestilentes garras a toda una procesión de sombras, de la que formaron parte mi madre, mi esposa Beatriz y mi hijo Hernando. La casa de los Fernández de Bobadilla sufrió un tremendo golpe y los telares de la industria no tejieron sino suspiros y lágrimas para sudarios y dolor y nostalgia para sayos funerarios.

— El que al temor del Señor no se abraza fuertemente, pronto verá su casa derruida...

Tal aseveró mi padre, hundido como yo, en la pena ante todo lo que habíamos vivido y por todo lo que habíamos perdido. Siguiendo, pues, sus sabias indicaciones pronto los paños volvieron a cobrar su colorido inicial, compitiendo con las aves y con las plantas las telas que en casa trabajábamos y en casa vendíamos, recuperando la actividad febril de antiguos años de esplendor. Sin olvidar a quienes nos dejaron por el sueño de la muerte, el tundidor volvió a pedirme con palabras sensatas.

— Que te hayas quedado sin familia no quiere de-

cir que renuncies a formar otra, ni a procrear para mí otros nietos capaces de sustituir al desaparecido en el cariño y a su recuerdo en tu soledad.

Como protestase por tal encargo y me declarase incapaz de cortejar a las mozas con el espíritu de un jovencuelo, Alonso de Moraleja, primo cercano de mi padre por las ramas del árbol genealógico, aunque lejano por hábitos, prudencia y condición, fue el encargado de buscarme una segunda esposa.

— Nunca aprobé sus licenciosas costumbres pero, en estos menesteres, sin duda es la persona más versada de las que yo conozco. El lo hará.

Y lo hizo, a cambio de unos cuantos títulos que le otorgaron poderes en nuestra industria del paño.

Manuela Otero, hija de un caballero viudo empeñado constantemente en empresas de armas y, por ello, entregada en Tordesillas a la custodia de la anciana abadesa de Santa Clara. Novicia a punto de profesar sin demasiada convicción, dama piadosa donde las hubiere, más discreta que la propia discrección, fue la candidata elegida por Alonso y aceptada por mi padre, el tundidor. Manuela se convirtió en mi segunda esposa sin tiempo siquiera para habernos requebrado, ni habernos visto hasta que, delante del altar, la superiora del convento la sacó de su clausura envuelta en un vestido de lino completamente blanco y con rostro cubierto por una gasa, ligera pero tupida, hilada con los más puros copos de nieve.

— Crece en millares de millares. Y que tu descendencia posea las puertas de sus enemigos...

Pero, como ni matrimonio ni señorío no quieren furia ni brío, pudo parecer que fueron los enemigos quienes poseyeron nuestras puertas. Después

de un año, a contar desde los esponsales, Manuela dio a luz una hembra que, sin embargo, acabó apagándose dulcemente como lo hace un candelabro sin aceite. Los doctores explicaron que había sido incapaz de aprender a respirar. Pero, conociendo que dicha ciencia no se enseña, si es que no se trae bien aprendida de la eternidad, acepté los designios divinos con humanos razonamientos.

— La primogenitura debe corresponder a un varón...

Doce meses más tarde, incubándose una epidemia de peste que habría de diezmar villas y familias, nació el hijo destinado para aplacar mis soledades y disimular las canas de su abuelo, el tundidor. Nació con el estigma de la enfermedad en sus carnes, cubiertas de bubones tumefactos, ennegrecidos más y más a medida que aumentaban en la criatura vómitos y estremecimientos. Manuela Otero quemó en vano incienso delante de su particular altar, elevó rogativas a los cielos y empapó en lágrimas saladas el cuerpo del niño que se moría entre toses y calenturas. Desde el entierro, que la madre acompañara al hijo era sólo cuestión de días.

Y, cuando lo hizo, apenas pude convencerme que, delante de mí, en el cortejo, eran dos las cajas para el cementerio. Alonso de Moraleja, bocalán y embabiecador, casamentero para otros y mujeriego por cuenta ajena, jugador con caudales pignorados, perdió a una carta la fortuna de los Fernández de Bobadilla y convirtió en huérfano a su primogénito, Domingo, que se lanzó a los caminos cubierto por el sayal del peregrino y las sandalias de la penitencia.

— En verdad que, de haberlo, el infierno no puede ser mucho peor...

El molinero utilizaba el furganeiro en el horno después de picar el último maíz del día.

— El verdadero infierno está en no descubrir la mano de Dios detrás de cada suceso.

Pero las llamas de la pena me consumían por dentro y por fuera. Y comencé a vagar sin rumbo fijo en busca de la tranquilidad interior y de la oración. Los escasos dineros que conservé después de la mala jugada del primo Alonso, fui repartiéndoles entre mendigos y menesterosos que los pedían a las puertas de las iglesias. La Baña... Encinedo... Lucillo y Becerril, una vez cruzado el Teleno... Rabanal del Camino... Foncebadón... Manjarín... antes de llegar a El Acebo, camino a la izquierda de una imagen de Santiago, me dí de bruces con una ferretería levantada en las riberas de Compludo, allá donde el río Carracedo se alimenta con el agua de varios arroyos. El espectáculo del agua generando aire y del aire provocando el fuego, se presentó como un milagro de la fantasía ante mis ojos. Al otro extremo del rodezno, el poder de un inmenso árbol accionaba el largo martillo pilón que, como el brazo de la providencia, descargaba su fuerza sobre un yunque de hierro macizo. El movimiento constante producía un sonido de campana diabólica, monocorde y funerario. Un sonido profundo, machaque continuo de conciencia y cerebro, llamando al arrepentimiento o al castigo. El calor emanado desde el horno del reverbero ayudaba a crear la imagen infernal que yo creí adivinar en la ferrería, detrás de aquella serie de zunchos, bragas y pernos.

— Todo lo que no se halló escrito en el libro de la

Vida, fue arrojado al estanque de fuego...

Ardiendo en las brasas de la duda, permanecí ocho días en su interior haciendo las veces ya de tazador, ya de arota. Buscando en el bosque más próximo la leña que mantuviera encendida la fragua y corriendo de la represa al regazal para que las compuertas no se atasquen y el río pudiera mantener su romántico idilio con el aire y con el fuego. A espaldas de la trompa, en el almacén de carbón, roía el mendrugo de pan con cernada que recibía por ración y, de maitines a laudes, sobre el crepitar de bermellones, barreras, riorencas y goroleiras, descabezaba un sueño ligero que más tenía de liturgia que de reposo. Pasada la hora del mediodía, entre sabugueiros, castaños viejos y mares de hierbabuena, abriéndome paso por el trasgal y los acebales, arrapuzaba raíces, oucas, monforadiñas y berzas, provisión para mañana que no para hoy. Algún venaguero compasivo, de los que bracean cualquiera de las fértiles huertas regadas por el Miruelo, me ofrecía la penúltima bástiga, la última lechuga arrancada de la tierra. Los conjos desprendidos del conchal y las castañas bulladas destinadas para labaza de cerdos.

— ¿No os concedéis reposo?

— No puede ser, que ya lo dice el refrán: ralva en marzo, bima en San Juan, siembra en octubre y cogeras pan...

Uno de esos cabañeros fue quien me habló, precisamente, de Peñalba y del monasterio que ciertos monjes de vida asceta dedicaron al apóstol Santiago en un punto inhóspito, escondido, alejado de los ruinos mundanos, en el corazón del Valle de Valdueza, a pocas horas andando de Montes.

— Aquél sí será buen lugar para quien, como yo, ha sido llamado con pruebas tan dolorosas y repetidas.

Y hacia vuestros dominios, abad Esteban, me encaminé aprovechando el viaje del carro de Vulcano que debería dejar en Molinaseca un arado de cabeyón, manjera, rabiza y bentúl romanos. Y, en Valdefrancos, a más de una colección de engazos, cierta reja artesanal destinada a engalanar algún balcón de gente noble y a ser testigo, quizás, de muchas promesas enamoradas en noches claras de luna llena.

— No pongas bozal al buey que trilla...

La verdad es que visteis en el fondo de mí, mucho mejor que yo mismo. Y que conmigo disteis señal de ser, además de abad insigne, intachable en costumbres, verdadero hombre del Señor, recto y severo en vida, discreto, sabio, sobrio y paciente, de notable honestidad y hombre de gran piedad. Virtudes todas ellas que, a buen seguro, quedarán epigrafiadas sobre la jamba que cierre vuestra morada definitiva hasta el sonido de la séptima trompeta llamándonos al juicio universal. Y que llegue tarde lo uno como lo otro. Que la bondad excelsa de Dios os sea propicia...

Conste que estas bendiciones, hoy espontáneas, no hubieran aparecido ni en mi boca, ni en mi mente, el día que os negasteis a recibirme en la Comunidad a pesar de mis súplicas y lamentos, o de mis quejas de humildad.

— Si no negáis hospitalidad a las cigüeñas que en verano duermen sobre la espadaña, permitidme ocuparla a mi durante los meses del invierno...

Aquella noche de diablos desatada, recosté mi cuer-

po dolorido y mi alma desgarrada al pie del túmulo donde descansa Genadio el Santo, cerrando mis ojos a las estrellas y clavándoles en los arcos de herradura que abren los dos testeros del templo, ábside y contra-ábside, a oriente y poniente. Indagamos las causas de tanto desamparo, si eran los mismos cielos quienes tomaban la decisión haciéndomela saber por vuestra boca o, por el contrario, si era Esteban por iniciativa propia el que me arrojaba al viento de los caminos como se arroja a un ñaño.

Aún no había llegado el amanecer cuando me despertaron los cantos gregorianos de los que se hacía eco la cúpula gallonada del presbítero. Las lámparas encendidas en la sacristía, al crepitar, formaban extrañas figuras en su ventana saetera y los huéspedes más madrugadores, después de comulgar, preparaban los arreos del viaje en el atrio, cerrado y cubierto a modo de claustro.

El destino de los aureanos era material.

— Esperan dos cargamentos de oro en las montañas de Orellán y en las galerías de La Balouta...

El de otros era un destino espiritual.

— Peregrinos hacia el Campo de la estrella para implorar al apóstol por la salud que se escapa...

Pensando yo todavía que mi situación era divina y divino, por tanto, el fin de mi andadura, me sumé a los peregrinos del camino de Santiago, llegados desde la Vía Turonense, desde la Podense, Tolosana y Lemovicense, más allá de confines y fronteras, reinos y estados. Con ellos, al tañido de las chocas que colgaban del ganado, haciendo magosto y comiendo desperdicios en cuncas de madera, remonté el río Oza y los embalses de Bárcena y Mon-

tearenas a golpe de oración y rosario, de letanías y vía-crucis, contriciones, atriciones y penitencias. Espiando por unas culpas ya perdonadas y disculpándome por los pecados venideros y futuros.

— ... me pagan mal por bien. Sólo me queda el abandono...

La caravana, siguiendo las roderas de la aurora boreal, se dirigió a Lucerna y Ventosa para descansar, finalmente, en Carcesa al pie de las Tres Campanas cuyos badajos resuenan en ambas orillas del Burbia. Tenía ya, por entonces, aferrada a la cabeza la idea de quebrar mi vida nómada, sujetar mis galochas a un sueldo fijo, recomponer la jostra de mis sandalias, volver tal vez a mi antiguo empleo con los paños, cansado de prédicas y latines, de noches sin luna y mañanas de brezo. Tal idea rumiaba cuando, desde el convento de San José subí la calle del Agua hacia el mercado, no sabía bien si en busca de pecadores para convertir o de fruta para masticar. Y al mercado estaba a punto de asomar por las Salinas, justo en el momento de ser arrollado por una multitud encolerizada, esgrimiendo estacas y arrojando piedras sobre el cuerpo de una mujer que huía por el refugio de Santa Catalina con una criatura de apenas unos días escondida en su mañego.

— ¡A la ladrona!... ¡A la ladrona!...

— ¿Qué ha robado la mujer?, pregunté a un grano cualquiera de aquella chusma.

— ¿Qué ha robado dices?... Imagínate lo peor...

— No tiene el ser humano capacidad suficiente para imaginar la dimensión de sus propios pecados.

— ¡A la ladrona!... ¡A la ladrona!, seguían impre-

cando entre los palos amenazantes y el ansia de acantear.

— ¡Díme qué ha robado, coyro!...

— ¡Agarduñó un niño! ... El hijo de la Señora de Arganza, a quien servía... ¡Está loca!... ¡Es una ramera!...

Me adelanté a la muchedumbre de rancallos, castronada de alfarautes, pálida de odio, blanca de rabia, sedienta de venganza, paralizada de respeto frente a Santa María de Cluny en cuyo interior se había acurruchado la mujer con el niño, ladrona y víctima o, quién sabe, víctima y ladrón. Apoyada en el zócalo de la basílica, ocultando el fruto de su rapiña contra un pedestal seisavado, mirándome con ojos cubiertos por una infinita tristeza, por una profunda dulzura.

— ¿Quién eres?, la pregunté inclinándome sobre ella.

Clavó sus pupilas en las mías, hiriéndome en el corazón.

— Soy la esposa que perdió un marido... la madre que enterró un hijo... la hija que se quedó sin rumbo...

La hablé con la misma emoción que escuché.

— Ese que tienes abrazado no es hijo de tu vientre. Destapó su regazo temblando de tiritaina.

— Pero podría serlo...

Lo besó en la frente y me ofreció el niño. Yo también le besé antes de entregárselo a los justicias para que iniciaran curadoñas y al tiempo que calmaba la ira de los vengadores. Después, volví junto a ella, todavía agarrada al peñal de Santa María, nublada su vista por el velo de las lágrimas y repitiendo para sí, como si agarrase una brasa, como un

salmo, como un dolor...

— ... podría serlo...

— ¿Cuál es tu nombre?

Su llanto bañó mi mano.

— Gloria...

Ahora era yo quien asturaba mi alma en el calor de las brasas.

— Yo soy el marido que perdió dos esposas... el padre que enterró tres hijos... el hijo que se quedó sin rumbo...

Mis manos limpiaron, con las yemas de los dedos, la pena de sus pestañas. Sus manos agradecieron el gesto de las mías con un beso. Y me sentí turbado.

— ¿Quieres que los dos, juntos, busquemos el rumbo que un día perdimos?...

No pronunciamos palabra, pero nos entendíamos. Mi cuerpo y su cuerpo se conocían. Su pecho saludó a mis dedos. Su seno calentó mis brazos. Mi boca mordió sus labios. Sobre las mismas huellas de sus pisadas, caminaron mis pisadas. Cuestas, senderos, cielo y tierra... encrucijada del Cúa, del Castro y arroyo de Berlanga... Sésamo, Fontoria, Lumeras... la caricia de la mujer encontrada y el vientre granado con algo que sí era suyo... las alondras cantarinas, las milpréndigas de pcio negro, los lirios y miruéndanos silvestres, el calor de la palloza...

— Como sol que sale por montes empinados, lámpara que brilla en candelabro santo, gracia sobre gracia es la mujer honesta.

El fuego del hogar calentará muchos años aún...

El aire de la zanfoña alegrará nuestra vejez...



Bembibre 18 de febrero 1995